

cosa (concedían con resolución) sino perdonar á los enemigos del príncipe y de la patria; y no acabar hasta con la última de estas serpientes pérfidas, que solo pretendían introducirse en vuestro seno para derramar allí el veneno y la muerte. No bastan estas palabras para probar que la Religión no entraba para nada en esta terrible ejecución, y que los homicidas creían obedecer solamente á una imperiosa necesidad política proviniendo ó previniendo con un gran mal otro mal todavía mayor? El Louvre no fué un asilo más sagrado que las casas particulares; y allí perecieron muchos nobles y muchos criados adictos al rey de Navarra, tristemente castigados con esta ejecución de haber estraviado el espíritu de su amo. Se persiguió á los calvinistas hasta dentro de los cuartos de las princesas. Estaba aun acostada la reina de Navarra cuando oyó que golpeaban á su puerta con pies y manos, y gritaban: ¡Navarra! ¡Navarra! Abrió inmediatamente una señora de las que estaban en su cuarto, creyendo que era el rey, y ven entrar un hombre bañado en sangre, á quien perseguían cuatro archeros que le habían hecho ya dos grandes heridas; se arroja en la cama y procura defenderse acogiéndose á la princesa. La reina se arroja al suelo medio muerta, y hace lo mismo el herido teniéndola abrazada, gritando ambos á dos á casi mas pueden, y manifestando igual terror. Por último, llegó el capitán de guardias, y condescendiendo con las eficaces instancias de la reina, que ya había vuelto en sí, concedió la vida á la víctima que la imploraba. No sucedió así con Brion, ayo del príncipe de Conti, el cual, acometido por los asesinos, tomó en sus brazos á su augusto discípulo; el niño ponía sus manecitas delante de las espadas; mas no por eso dejó de morir aquel proscrito casi octogenario. Huyendo la reina de Navarra desde su cuarto al de su hermana la duquesa de Lorena, vió que á tres pasos de distancia mata-

ron de una lanzada á un caballero, al ir ella á entrar en la antesala. Aun no había vuelto del desmayo que la causó este espectáculo, cuando oyó los alaridos confusos de una multitud de personas que eran degolladas en medio del Louvre. Llevaban arrastrando á los rebeldes desarmados, y los ponían en medio de los guardias, los que, colocados en dos filas, los iban matando á lanzadas ó con alabardas. El rey, á quien por el sentimiento de su conservación personal se le había inducido á adoptar una medida preventiva tan terrible, perdonó, sin embargo á Grammont, á Duras, á Gamache y á Bouchavane, los cuales prometieron serle fieles, y cumplieron su palabra. Su corazón prevaleció sobre lo que miraba como una necesidad política.

Pero Pardaillan, San Martín, ayo del rey de Navarra, Brousse, Armando de Clermont y el señor de Piles, famoso por la defensa de San Juan de Angeli, fueron degollados desapiadadamente en el recinto del Louvre; y fuera de allí Teligny, yerno del almirante, que al principio había logrado huir el cuerpo á los tiros de varios asesinos, como también la Rochefoucault, á quien respetaba el partido calvinista casi lo mismo que á los Colignys, y á quien amaba Carlos IX y aun intentó poner en salvo; Soubise, Lavardin, Crussol, Levi, Berny, Rouvrai, la Châtaigneraié, Pluviaut y otros muchos señores, caballeros y oficiales etc. A Caumont, que dormía tranquilamente en medio de sus dos hijos, le mataron á puñaladas con uno de estos niños, y el otro, que fué despues el mariscal de la Fuerza, debió la vida á la sangre de su padre, de que estaba inundado, y la tuvieron por suya propia. El número total de los asesinatos que duraron tres días, y aun siete si hemos de creer al continuador de Fleury, ascendió, segun se pudo regular, á dos mil, en toda Francia, incluso París. Había un número considerable de protestantes distinguidos, que vivían en el arrabal de San Ger-

man. Hizo esta observacion el duque de Guisa, y se dió el encargo de ejecutar esta mortandad á mil hombres de milicias urbanas, mandados por Maugiron; pero el desorden que reinaba en toda la ciudad, fué causa de que no se abriese á tiempo la puerta que correspondía á aquel barrio; se oyó por todas partes el enorme tumulto que habia al lado de acá del rio, y sin creer que fuese obra del gobierno lo que estaba pasando, sin saber los calvinistas qué partido tomar, huyeron precipitadamente, pareciéndoles que en todo trance era este el recurso mas seguro. Las principales personas que escaparon en aquella ocasion se dice fueron Rohan, Montgomeri y el señor de Chartres.

Distantes dos siglos de este horrendo acontecimiento, dice el abate de Caveirac (1), nuestros ánimos están ya bastantes tranquilos, para contemplarle no sin horror, pero sin parcialidad; y no es de temer que la nube de las pasiones venga á oscurecer la luz, ni que su calor se exhale involuntariamente. Puede aclararse mucho los motivos y efectos de este trágico suceso sin ser aprobador tácito de los unos ni contemplador insensato de los otros; y aun cuando á la jornada de San Bartolomé se le rebajaran las tres cuartas partes de los excesos que la acompañaran, todavía seria asaz horrible para ser detestada de todo el que no sienta estinguído en su pecho todo sentimiento de humanidad. Con esta confianza me atreveré á sostener: 1.º Que la Religión no tuvo parte alguna en este suceso; 2.º que fué un negocio de proscripción; 3.º que solo se dirigió á París; 4.º que pereció mucha menos gente de lo que se creyó.

No, no debe creerse que la Religión tuviese parte alguna en aquella ejecución enteramente política, ni como motivo, ni como

(1) Disertacion acerca de la jornada de San Bartolomé, al fin de la Apologia de Luis XIV respecto de la revocacion del edicto de Nantes. Véase al fin de este omo.

consejo, ni como agente, pues no solo perecieron muchos católicos por una consecuencia inevitable de aquella confusion; sino que para correr peligro de ser víctima, bastaba tener un enemigo vengativo, un heredero avaro, un competidor en la solicitud de un empleo, un contrario en un pleito, un rival en pretensiones, ó en la carrera de las letras. Pedro Ramus, que sacudiendo el yugo de Aristóteles, dió el primer impulso á los progresos de las ciencias, fué comprendido en la matanza, no tanto por sus conexiones con Teodoro Beza, cuanto por haber contradicho á Santiago Charpentier con motivo de las obras de Horacio. Luis de Clermont de Amboise, persona de la mas distinguida nobleza, mató por su propia mano á Antonio Clermont, que habia ido á París á seguir un pleito que tenia con el homicida sobre el marquesado de Renel. Lo repetimos, en esta catástrofe, provocada por la rebeldía, no debe verse la obra de la Religión. ¿Qué falta hacia ningun móvil religioso allí donde el interés de la seguridad del príncipe y el de la comun tranquilidad se aunaban para aconsejar la perdicion de los rebeldes; allí, donde á estos graves intereses iban á agregarse el interés personal, los celos, el odio y la venganza?

Entre tantos horrores se cita un hecho generoso, pero que al mismo tiempo presenta algo de horrible. Habia una enemistad mortal entre dos caballeros de Querci, uno de los cuales, llamado Vezins, era católico, y el otro, llamado Reignier, era calvinista. Ambos se hallaban en París, en donde nada temia tanto Reignier como encontrarse con Vezins. De repente oye que echan por tierra la puerta de su cuarto. Acompañado Vezins de dos soldados, entra con precipitacion, llevando una pistola en una mano, y en otra la espada desenvainada. «Sigueme (le dijo con aspereza), Reignier pasa medio muerto por entre los soldados. Habia preparado Vezins dos caballos, hace que suba en uno de ellos, le saca de la

ciudad, y sin volver á hablarle una palabra le lleva hasta su provincia, y le deja en su casa de campo. Rompiendo entonces el silencio, le dijo: «Ya está usted en lugar seguro. Yo hubiera podido vengarme sin ningun riesgo; pero entre personas de honor es necesario dividir mutuamente los peligros. Para esto he puesto á usted en libertad. Cuando guste, estoy pronto á despachar nuestro asunto, como corresponde á unos caballeros.» Respondióle Reignier que, visto el modo con que le había tratado, no le era ya posible defenderse; que no podía hacer otra cosa que emplear en su obsequio la vida que acababa de darle, y corrió con los brazos abiertos para arrojarse á su cuello. «Dejo á usted con una entera libertad para amarme ó aborrecerme (le dijo su fiero bienhechor); y sin esperar respuesta, dió de espuelas á su caballo, y se retiró.

Cárlos IX había detenido en el Louvre al rey de Navarra y al príncipe de Condé para no esponerlos al furor del pueblo, que no conoce ni respeta á nadie cuando se vé abandonado á sí mismo. Despues de la mortandad, considerando que esta habia de parecer execrable si persistian en la heregía las personas mas inmediatas al trono, mandó el rey que fuesen catequizados los dos príncipes por el sábio jesuita Maldonado, y por Resier, ministro famoso, que habia abjurado y volvió despues á incurrir en la heregía. Como los príncipes iban dando largas, con pretexto de una instruccion mas perfecta, indignado el rey los llamó, los trató de rebeldes é hijos de rebeldes, y concluyó diciéndoles con un laconismo espantoso: «misa, muerte, ó prision perpétua: elegid al momento.» El rey de Navarra respondió de modo que no se pudo dudar de su docilidad. El príncipe de Condé manifestó al principio alguna repugnancia, pero al cabo cedió tambien. Hubo otras muchas conversiones semejantes, que, por la mayor parte, no duraron mas que el terror de que procedian. En cuanto al vizconde de Turena, nos dicen

(1) *Mem. de Tur.* p. 57,

casas por sus compatriotas; pero esta es una exageracion dictada por el odio, pues en un documento, publicado en 1582 con arreglo á los estados recojidos en las diferentes ciudades del reino y enviado al gobierno, se calcularon solo en unas setecientas ochenta y seis personas las que perecieron en esta ocasion; y aun para asegurarnos mas y acercarnos todo lo posible á la realidad hemos duplicado ese número, pues mas arriba hemos calculado en dos mil esas víctimas. Sin embargo, quedaron en el reino muchos mas religionarios que los que habian sido pasados á cuchillo; pero al principio desesperados, errantes, lejos de sus hogares, unos en casa de amigos seguros, otros en las naciones extranjeras, y el mayor número en las ciudades que se les habian dado por asilo, hasta que la negligencia y la inestabilidad de la corte les ofreciese ocasion para reunirse bajo la direccion de los principales sectarios que habian logrado librarse como ellos.

Mil circunstancias concurren para probar que los correos del rey, lejos de ser portadores de órdenes tan atroces, lo eran realmente de instrucciones enteramente opuestas; el abate Caveirac, acusado con tanta desfachatez por Voltaire de haber hecho la apología de la matanza de San Bartolomé (acusacion que tantos otros han repetido, la mayor parte sin haberla leído), ha ilustrado tanto este punto que ya no es permitido mostrarse asaz ignorante para repetir semejante mentira. Las matanzas que hubo en muchas partes, despues de haber recibido la noticia de lo sucedido en Paris, fueron efecto de movimientos populares; las ciudades que de ello fueron teatro, eran las que habian sido mas maltratadas por los calvinistas durante la guerra, y no tuvieron otra causa que el odio violento y los deseos de venganza de que estaban animados los católicos contra los protestantes con motivo de los padecimientos que estos les habian hecho sufrir. Aun segun los historiadores, que afirman haberse efectuado de Real orden la matanza, aparece que

Claudio de Saboya, conde de Tenda, Simon de Gorde, San Herem, Chabot-Charni, y la Guiche, gobernadores respectivamente de Provenza, del Delfinado, de Auvernia, de Borgoña y de Macon, afectaron no creer que aquellas atrocidades hubieran sido verdaderamente ordenadas por la corte, é impidieron su ejecucion como de órdenes emanadas de los enemigos ocultos de la tranquilidad pública. El vizconde de Orthe, que tenia el gobierno de Bayona, dicen escribió al rey en estos términos: «Señor, he comunicado las órdenes de vuestra Magestad á los vecinos y á la guarnicion. Entre ellos he encontrado buenos ciudadanos y militares valientes, pero ni un solo verdugo. Os suplicamos, pues, ellos y yo, que exijais de nosotros otras pruebas mas dignas de personas de honor, que por peligrosas que sean derramaremos hasta la última gota de nuestra sangre.» La muerte del vizconde de Orthe, que no tardó en verificarse despues de esta respuesta, y la muerte igualmente precipitada del conde de Tenda, añaden los historiadores que refieren estos dos supuestos rasgos, hicieron creer que la recompensa de su virtud habia sido un envenenamiento.

Aunque el clero miraba con sumo horror á la heregía, casi no le tenia menor á las crueldades cometidas en los hereges, y olvidándose de las injurias que de ellos habia recibido, hizo se les perdonase donde quiera que fué posible. El obispo de Lisieux, Juan Hennuyer, del orden de Santo Domingo, tuvo la felicidad de libertar á todos los de su diócesis. Habiéndole comunicado el teniente de rey la supuesta orden de la matanza, se opuso á su ejecucion con el empeño mas tenáz. «Jamás consentiré en ello (dijo): yo soy el pastor de esta iglesia, y los que se intenta degollar son ovejas mías. Es verdad que están estraviadas, pero pueden volver á entrar en el redil. En todo caso, yo no debo permitir que se derrame su sangre; antes bien me enseña el Evangelio á derramar por ellas hasta la última gota de la mía.» Suspenso el oficial al ver esta resistencia le pidió

un certificado que la acreditase y le sirviese á él de resguardo para con el rey. El generoso prelado se le dió sin detenerse un momento. «Yo creo (añadió) que el príncipe, cuya religion ha sido sorprendida, aprobará mi conducta; pero sea lo que quiera, aquí estoy para responder de todo.» Habiéndose participado al rey la oposicion del obispo, quedó edificado el Monarca, y se alegró de que no se hubiera ejecutado la orden que se le atribuía. Quedaron tan edificados los religionarios de aquel país, que se presentaron casi todos ellos para abjurar en manos de tan caritativo prelado, á quien desde entonces miraban como su libertador y así le llamaban. En las demás diócesis no hallaron los obispos la misma facilidad para precaver la funesta reaccion del pueblo; pero en muchas partes hicieron todos sus esfuerzos para á lo menos dar asilo á los proscriptos. Aun en Lyon se refugiaron en el palacio arzobispal trescientos calvinistas, cuando estaban mas enfurecidos los asesinos, y se sufrió una especie de asalto contra estos, los cuales no pudieron inmolar sus víctimas hasta que echaron abajo las puertas.

Luego que llegó á los países estrangeros la noticia de estas horribles proscripciones, escitó en ellos una indignacion general, que si no rompió abiertamente, debe atribuirse esto á un efecto de política. Habiendo preguntado ingenuamente el duque del Infantado, luego que llegaron á España los primeros rumores de este suceso, si eran cristianos los franceses, pues se mataban unos á otros como bestias: «Poco á poco, señor duque (replicó el almirante de Castilla); ¿no sabe usted que las inquietudes de Francia son muy útiles para el sosiego de nuestra nacion (1)?» Apenas ocupó Gregorio XIII el trono Pontificio, mandó encender hogueras y poner luminarias en todos los barrios de Roma, hacer salvas de artilleria, y celebrar con mucho aparato una misa so-

(1) Brantome, t. 8, p. 181.

lemne en accion de gracias de lo que se le pintaba como la salvacion del rey y del reino Cristianísimo, pues le habian hecho creer la conjuracion del almirante y de su secta, y que su objeto era esterminar hasta el último vástago de la augusta sangre de San Luis y establecer en Francia una república semejante á la de Ginebra. El primer parlamento del reino habia acreditado con un decreto formal todos los cargos formados sobre este punto contra los hugonotes, de quienes sabia por otra parte el Pontífice, que estaban siempre con las armas en la mano para despedazar á su propia patria. Habia sido tambien ahorcado en estatua el almirante, con Briquemont y Cavagne, que fueron ajusticiados en persona como sus principales cómplices, y se acumuló en la sentencia cuanto se pudo discurrir para infamar la memoria de un malvado. Pero hizo su efecto la compasion en el corazon del Papa, así á causa del rigor de la proscripcion en sí misma, como por los desórdenes que creia haber sido inevitables en la ejecucion (1). Corrieron de sus ojos lágrimas amargas, y dijo suspirando: «¿cuántos inocentes habrán sido confundidos con los culpables! Pero habrán hallado gracia en presencia del justo Juez.» Dulce por carácter y mirando con horror la efusion de sangre, Gregorio XIII deploró el mal cometido, pero apreció como Papa el objeto de este inmenso acontecimiento, precursor de la Liga (2).

Echemos por último un velo á estos objetos melancólicos. Los hemos espuesto con una justa estension, con imparcialidad, y presentando solamente al lector la narracion y serie de los hechos, para descubrir sus resortes y su móvil, y para convencer á toda alma recta de que una falsa política y no la religion, fué el principio de aquella medida. La verdad, la verdad sola será siempre la defensa de una Iglesia, que no tiene que rechazar otros tiros

(1) Brantome, t. 8 p. 150.

(2) Historia del Pap. 2.ª ed. t. 2, p. 233.

sino los de la mentira ó de la ignorancia. «Por lo demás, dice Feller (1), esa mortandad de unos mil quinientos súbditos inquietos, peligrosos y temidos, aunque indudablemente muy vituperable en sí misma, es por cierto bien digna de perdon si se compara con las prolongadas y sangrientas ejecuciones decretadas á sangre fria contra los católicos por la reina Isabel, por Eduardo VI, por Jacobo I y una multitud de protestantes fanáticos contra los

LIBRO SEXAGÉSIMO-OCTAVO.

Desde la mortandad del día de San Bartolomé en el año de 1572, hasta el Pontificado de Sisto V en el de 1585.

MIENTRAS que la política y la venganza sacrificaban á compatriotas y á hermanos seducidos por sus predicantes sediciosos, otras víctimas muy distintas, y verdaderamente preciosas á los ojos del Señor, volaron á recibir las coronas inmortales reservadas, así al lento martirio de la penitencia y de la perfeccion evangélica, como al brillante sacrificio que en un momento se hace de la propia vida en obsequio de la fe. San Francisco de Borja, en otro tiempo duque de Gandia, y desde el año 1565 general de la Compañía de Jesus, murió despues de siete años de un gobierno laborioso, y no menos glorioso para su orden, en la noche del 30 de setiembre al 1.º de octubre, á la edad de sesenta y dos años, con-

cuales nadie clama, y de quienes antes bien se afecta por ello presentarnos como grandes hombres. El falso celo de los filósofos, de esos hipócritas apóstoles de la tolerancia, solamente se vuelve contra los católicos; los impostores se escusan y se toleran unos á otros; pero si los amigos de la verdad llegan á cometer alguna falta, es ya para los tales impostores una atrocidad que con nada puede expiarse.

sumido, no tanto por la vejez y por sus inmensos trabajos, como por la austeridad de su vida y por sus grandes maceraciones (1). Desde que entro en religion, si se acordaba del distinguido lugar que habia ocupado en el mundo era solamente para ejercitarse en las privaciones mas penosas, en una abnegacion casi sin ejemplar y en un desprecio tan absoluto de sí mismo, que en su concepto no habia cosa mas despreciable que él en toda la naturaleza. Permitasenos referir de paso un rasgo que acredita esta verdad, pues aunque repugna á la delicadeza del siglo, es muy útil para la edificacion. Hallándose Francisco en unas misiones y durmiendo en una pobre cama con

(1) Rivadeneira y P. Verjús, Vida de San Francisco de Borja.

(1) Arr. Carlos IX.